

150

097/059/020

ANTE LOS ULTIMOS SUCESOS

Cuando el País Vasco había entrado en una esperanzadora fase de distensión política tras la aprobación del Estatuto de Guernica; cuando la voluntad de paz de las Vascongadas se había afirmado una vez más frente a tantas adversidades -ahí están como prueba la celebración sin incidentes de las fiestas populares y de "semanas grandes" de Vitoria, Bilbao, San Sebastián y tantos otros puntos dispersos por nuestra entrañable geografía-; cuando de todas partes comenzaban a surgir esfuerzos y afanes individuales y colectivos por devolver a nuestro pueblo la ilusión y la fe en su propio futuro como comunidad, la violencia y la tensión han reaparecido en nuestras calles cobrándose nuevas víctimas y alterando gravemente la convivencia ciudadana.

La población vasca se ve ante una nueva prueba de fuego, ante un nuevo desafío frente a los cuales parecería que toda reflexión oral o escrita es mera retórica del profesionalismo político. En esas condiciones, la reacción ha sido la que cabía esperar a la vista de lo sucedido: indignación y protesta, en unos sectores; abatimiento y desesperanza en otros. ~~Quizás el mayor peligro que sobre la vida política del País Vasco se cierne hoy es la creciente decepción que en la población produce la aparente incapacidad de autoridades y partidos políticos para restaurar la convivencia pacífica.~~ Empieza a percibirse un generalizado escepticismo, una desilusión colectiva surgidos de la irritación y hartazgo que la repetición de situaciones conflictivas produce.

Es, hasta cierto punto, explicable que así sea. Por eso, la tarea urgente que ~~ante sí tiene~~ (tenemos) ~~la clase política vasca~~ es ~~la~~ devolver la ilusión a nuestro pueblo, devolverle la confianza en su capacidad colectiva y convencerle de que, no obstante las limitaciones y servidumbres de la acción política, es preciso perseverar en ella, es preciso potenciar la vía política hacia la convivencia mediante la participación electoral y la presencia

activa y responsable en todas las instituciones públicas, locales y provinciales. Es llegada la hora, precisamente, de que la inmensa mayoría de las gentes de ~~esta~~^{nuestra} tierra dejen oír clara y rotundamente -para que la oigan dentro y fuera de España- su voz. Es justamente cuando arrecia la violencia y la irracionalidad cuando la opinión moderada y responsable no puede ni debe sustraerse a expresar e imponer su voluntad. Y esa voluntad es casi unánime: lo que el País Vasco quiere es recuperar de una vez por todas la normalidad y la paz, es que cese ya y para siempre la violencia, la provocación y la irracionalidad. Habría que ir pensando seriamente en ver los cauces a través de los cuales esa voluntad pudiera expresarse. Es un hecho que estratégica y psicológicamente el dinamismo de las minorías extremistas ha desbordado en todo momento a la opinión moderada. Y es un hecho que, por múltiples razones, hay que hacer un esfuerzo imaginativo para invertir aquella situación.

Mientras se va a ello, resulta conveniente reflexionar una vez más sobre los últimos sucesos, puesto que un conocimiento exacto de la realidad es un primer paso para su transformación. Y hay que distinguir en aquellas nítidamente entre sus diversos aspectos. Porque sería engañoso e inexacto afirmar simplemente que lo que ha ocurrido es que unos simples actos de solidaridad con los "refugiados" derivaran en una gravísima confrontación de orden público a causa de algún error individual. El asunto tiene mucha mayor dimensión política y social y hay que distinguir dentro de aquel, al menos, tres temas: la campaña pro-refugiados, el tratamiento del orden público y la dinámica de la acción callejera.

La campaña pro-refugiados no es una obra humanitaria: es una operación política por la que los grupos extremistas intentan recuperar la iniciativa política en el País Vasco y arrebatarse el liderazgo que precisamente perdieron, irreversiblemente, a raíz de la aprobación del texto autonómico. El Estatuto es una derrota moral, política y psicológica del extremismo, además de ser una posibilidad efectiva de convivencia, razones ambas para que toda la opinión responsable vasca -sea o no nacionalista- deba volcarse en su aprobación.

El tratamiento del orden público es una cuestión espinosa sobre la que la prudencia, la justicia y el prestigio de unas fuerzas del orden sometidas permanentemente a una dramática presión imponen silencio en tanto en cuanto no se terminen las investigaciones en curso. Pero esas mismas razones obligan a que, una vez más, se plantee el problema de cuál sea la política idónea para hacer frente a la movilización en la calle (distinguiendo ésta del ejercicio responsable del derecho de manifestación); porque como ha escrito Wilkinson en su libro sobre el terrorismo político, la acción inadecuada en materia de orden público suele ser una receta infallible para la agitación. En nuestro caso, el interés nacional, el interés vasco y el interés policial exigen una máxima profesionalización en el tratamiento del problema, porque no sería excusable que errores y desaciertos en este terreno entorpecieran el camino hacia la normalización y la paz que tan fervientemente desea y reclama la opinión.

Y queda, finalmente, la dinámica de la agitación plasmada en la violencia desencadenada en San Sebastián por los grupos callejeros al hilo de la protesta por los luctuosos sucesos del 1 de Septiembre. Lo que interesa subrayar es, precisamente, la geografía (San Sebastián) y la intensidad -desusada, al decir de todas las fuentes- de los desórdenes. Porque ni una ni otra son casuales. Se viene haciendo a San Sebastián blanco de la agitación, precisamente porque el espíritu histórico de San Sebastián -plasmado en su paisaje urbano- no es sino la encarnación de la moderación, la flexibilidad y la convivencia. Se quiere destruir lo que San Sebastián significa: una ventana vascongada y española abierta a la modernidad, al cosmopolitismo y a la tolerancia. San Sebastián es, por esencia, una ciudad liberal y eso es lo que estorba.

Pero no se logrará. San Sebastián ya ha padecido antes otro tipo de agresiones y no ha renunciado jamás a su propia esencia. Y tampoco lo va a hacer ahora. Su población -basta pulsarla un instante- está ya harta de tanta insania, de tanta alucinada agresividad, de tanta provocación injustificable. Y va a reaccionar consecuentemente. Todo el espíritu cívico de San Sebastián exige hoy enérgicamente la defensa mancomunada de su prestigio. A todos nos corresponde no defraudarle.